

**XVIII certamen de relatos cortos “Vila de Pena-Roja de Tastavins-Maties
Pallares”**

ETERNA MEMORIA

Quiero retroceder, regresar tras los pasos de la infancia. Conceder cuerda triste de cangrejo al relato de nuestros días y revivir otra vez los tiempos ya casi olvidados.

Retrocedo, vuelvo lentamente, me roza con dulzura la nostalgia, me acaricia levemente el primer recuerdo. De los remotos confines de la memoria surjo convertido en niño. En uno de los rincones más apartados de la evocación, aparezco sentado en la silla baja de los niños, junto al fuego de la lumbre, en la cocina de casa. A mi lado, hierve el pucherillo de barro trabado por el canto de olla. Están la tenaza en el suelo, el fuelle colgado de un clavo y el caldero que pende de la argolla donde se cuece el salvado para los cerdos bajo la humeante chimenea. Acurrucada al calorcillo de la lumbre, duerme la gata negra.

Tomo un palo encendido del fuego y me entretengo dibujando círculos luminosos en el aire.

Madre me dice:

—Deja el palo en la lumbre y ven a la mesa a almorzar.

Mi hermano Miguel, más pequeño que yo, lloriquea en la alcoba. Madre corre a su lado y mece la cuna suavemente hasta callarlo.

Los días pasan lentos, alegres. Vamos a la escuela. Y luego, correteamos por las calles entre gallinas sueltas. Jugamos en la plaza y en las eras, entre los montones de paja. Corremos por las afueras del pueblo tirando piedras, cazando lagartijas por las tapias de los corrales, persiguiendo perros y apedreando gatos. Peleamos entre carreras y caídas, brincamos y trotamos hasta caer sudorosos y exhaustos a la sombra de los olmos que crecen junto al río. Aquellos olmos que conocieron nuestros juegos y nuestros sueños de niños.

Remontamos las riberas del Trabaque tras el vuelo rítmico de raudas y multicolores mariposas y observamos embelesados el agua que se desliza por el cauce lamiendo los juncos de la orilla. Nos metemos descalzos en el remanso, con las sandalias en la mano y el agua hasta la rodilla, a pescar cangrejos y renacuajos. Y ascendemos hasta sus confines buscando setas entre los chopos deshojados, moras de zarza, endrinas amargas y guindas dulces, frescas y encarnadas. Era

nuestro río. El río que arrastraba cauce abajo nuestros sueños y que tantas regañinas nos valió al regresar a casa: desastrados, descalzos y mojados.

Rodamos los aros por las calles sujetos por el gancho. Los lanzamos callejones abajo. Descienden dando grandes saltos, levantando nubes de polvo, hasta quedar clavados en el barro.

Escalamos las altas rocas de las hoces buscando nidos de grajas. Y subimos a las copas de los galluvillos a coger sus frutos negros y redondos que vamos guardando en los bolsillos. Trepamos a los chopos a coger nidos y regresamos a casa con la ropa manchada, los pantalones rotos, escalabrados y llenos de arañazos.

Madre comienza entonces su eterna retahíla:

- Me vais a quitar la vida.
- Me estáis matando entre todos.
- Estáis cavando mi fosa.
- Me estáis enterrando en vida.

Padre grita enfurecido:

- A la cama sin cenar.

Subimos cabizbajos y en silencio hasta la alcoba. Y en el delirio de mi estómago vacío tengo un sueño macabro:

Estamos los tres hermanos en el corral de casa. La tenue luz de la luna proyecta nuestras sombras sobre la pared. Juan cava la fosa. Yo saco la tierra con una pala. Y Miguel, que es muy pequeño aún, nos anima: “Hacedla más honda que no cabe madre todavía”. Madre espera a que terminemos sentada en una albarda vieja. “Daos prisa, que quiero morir cuánto antes”, dice. Padre nos mira sin poder dar crédito a lo que ven sus ojos: “Malos hijos. Sois peor que Judas. Mira que matar a vuestra propia madre”.

Los grises atardeceres de otoño, cuando se desprenden las hojas amarillas de los olmos y la lluvia cae como una bendición anegando los campos de sembrado, nos refugiamos al calorcillo de los soportales, y jugamos a las caras o al arrima costillas. Y si escampa un rato, salimos a la plaza y jugamos a Marro, a Dola o a la Garrabera.

Crecemos sanos y fuertes. Pues en casa nunca faltaron las tajadas de tocino y las buenas sartenes de gachas. Somos felices. Tú Juan eras el hermano mayor, yo el mediano y Miguel el más pequeño. Y aquellos otros amigos con los que

jugábamos. Muchachos vestidos con pantalones cortos abiertos por delante, el moco colgando y la cabeza rapada al cero, cuyas siluetas se difuminan como nubes huidizas por el cielo oscuro de mi memoria.

Años después, nos marchamos. Emigramos a las grandes ciudades. Las chicas a servir. Los chicos a trabajar en las fábricas. Queríamos ser libres y disfrutar de la vida. Sucedió cuando empezó a soplar aquel viento embrujado que lo arrastró todo. El viento que sopló en todas direcciones y se llevó nuestros juegos infantiles como árboles arrancados de raíz. Tú fuiste uno de los pocos que te resististe. Tú, Juan, mi Juanito, entrañable hermano, compañero inseparable de la infancia. Tú que entonces eras un niño como cualquier otro. Pero que, ahora, no estás cuando nosotros regresamos. Porque a ti el viento te arrastró hacia lugares de los que jamás se regresa. El destino te había reservado un camino diferente, un viaje sin llegada ni retorno.

Los hombres y mujeres también sois felices. Dicen que el secreto de la felicidad está en contentarse con lo que se tiene, con su suerte y su destino. Si esto es la felicidad, sois enormemente felices. A pesar de vuestro duro trabajo: los hombres en el campo, las mujeres en la casa, cuidando de los animales y ayudando en la época de cosechas.

—La verdad, no podemos quejarnos —dice padre—. Tenemos nuestras tierras, una partida de ovejas, el corral lleno de gallinas y conejos y en nuestra cueva nunca falta el vino ni en la mesa el pan.

—Tenemos suerte —comenta madre.

—No nos podemos quejar —repite padre—. Desde luego, otros viven peor.

Y nosotros, creciendo y creciendo. Sanos, fuertes, felices.

—¡Qué más podemos pedir!

Juan, al ser mayor, sale ya con padre al campo a faenar. Yo voy a la escuela. Y Miguel, tan chico todavía, hace la felicidad de todos.

—Los hijos son la mayor felicidad de la vida —dice madre viéndonos crecer así.

Pero, ¿adónde fue a parar todo aquello? ¿Quién podría imaginar entonces que aquel viento hechizado se lo llevaría un día? Allí, sólo dejó aquello a lo que ya no podemos regresar. Porque lo que el viento no se llevó, quedó olvidado, ¡ay!, para siempre.

* * * * *

Nos levantamos al amanecer. En casa, como en todas las casas del pueblo, se madruga mucho. Pero cuando nos levantamos, madre ya tiene preparada sobre la ancha artesa una masa blanca, suave y esponjosa que moldea para hacer panes mullidos y redondos como ruedas de molino, y los lleva al horno a cocer.

Como cada mañana, estamos acurrucados al calorcillo de la lumbre. Padre ha aparejado el par y lo tiene atado a la reja de la ventana. Almuerza en la cocina. Se acomoda ante la sartén, corta una rebanada de pan con la navaja y moja el huevo frito. Nosotros observamos en silencio como introduce una y otra vez sus grasientos y ásperos dedos dentro de la sartén.

Al terminar de almorzar, sulfata la simiente. Echa el azufre azulado, lo remueve con la pala y lo mezcla con las semillas. Yo le aparo la embocadura para que colme la barchilla y la vacíe en el costal.

—Hala, Antonio —me dice madre—, date prisa, no vayas a llegar tarde a la escuela.

Vacíó el agua del cántaro sobre el palangana, la pongo encima del palanganero y me lavo la cara y las manos. Me enjabono bien, con el jabón rugoso que madre fabrica con la manteca del cerdo después de la matanza, tomo la Enciclopedia Álvarez y la meto en la cartera nueva. ¡Qué contento estaba con mi cartera! Me la compró madre cuando fuimos al médico de la capital a que me arreglaran el brazo que se me rompió cuando me caí de la Traidora.

Madre prepara en la alforja el avío del día: llena la fiambreira con una tortilla de patatas y unas tajadas de lomo recién sacadas de la orza. Luego pone unos tomates colorados, el botijo del agua y el botillo del vino.

Padre carga encima de la Traidora el costal con la simiente. Desata el ramal de la reja, unce el par, coloca el arado en el centro del yugo con la reja apuntalada hacia abajo y el timón arrastrando, se monta en la Lucera, la más mansa, y parte hacia la sementera.

Madre echa la comida a los animales, va al horno a recoger el pan, lo guarda dentro de la artesa y lo tapa con un paño. Un agradable olorcillo a pan tierno invade la cocina. ¡Ah, cómo recuerdo el aroma del pan recién cocido!

Padre y tú ya estáis en el tajo. Tú dejaste pronto de ir a la escuela para salir con padre al campo a trabajar. Allí estás, surco arriba, surco abajo, en la besana rectilínea.

El sol de octubre cae a plomo. Rueda por el campo, se hunde en el barbecho. Canelo dormita tendido sobre el hato a la sombra tenue de un cerezo.

A lo lejos, se escuchan voces de labriegos, canciones de mozos mientras barbechan, la dulce coplilla de un pastor, el relincho de una mula, el ladrido de un perro, el canto de una perdiz, el gorjeo de las abubillas... En lo alto, un águila negra surca el cielo.

Eran otros tiempos. Los campos estaban llenos de mozos barbechando, trinos de pájaros, pastores apacentando los rebaños.... Todo tan distinto a estos campos desiertos, sembrados vacíos, el terruño abandonado sin yuntas que lo aren, sin mozos que le canten, sinavecillas que crucen el cielo bajo pálidas nubes de algodón.

Nosotros vamos a la escuela. Pero tú dejaste pronto de ir. Empezaste a labrar con el par siendo un niño todavía. Padre echa la simiente a tierra. Esparce los granos con una mano y sujeta la espuerta con la otra. Y tú, surco arriba, surco abajo tras la yunta, acabas torciendo al besana.

—Padre, ven a enderezarme el surco —le reclamas.

Él toma entonces el par y echa dos o tres vueltas hasta dejar la besana recta como una vela, que tú, te encargarás poco después de estropear.

—¡Qué mal labra este jodido de Juan! —comentan los labradores cuando regresan con las yuntas hacia el pueblo.

—Claro, pero si es un crío todavía. En la escuela es dónde debería estar —dicen unos.

—No creas, edad ya tiene. Más jóvenes éramos nosotros cuando agarramos el par —opinan otros.

—No comparéis unos tiempos con otros —dice Aurelio, un campesino que tiene fama de ser muy instruido, desde encima de su macho tordo.

Yo lo escuché más de una vez. Estos comentarios los hacen en el bar, mientras juegan la partida de mus o truque; o en las cuevas cuando los hombres se reúnen a beber vino los anocheceres al regresar del campo; o los sábados por la noche, en la barbería mientras aguardan su turno. Esperan sentados en los banquillos alargados, bajo la percha repleta de gorras y chaquetas, alrededor de la estufa que como sapo panzudo al rojo vivo no cesa de gorgojejar en medio de la barbería.

Esto te lo cuento ahora que ya no estás. Ahora que nunca más podrá tu mano empuñar el arado en la sementera, ni quitar la grama de la reja del vernete en el

tiempo de vinar las viñas, cuando uncíamos sólo a la Lucera y la Traidora quedaba comiendo hierba entre los olivares. Aprovecho que no me puedes rebatir, pues sé que me dirías como decías entonces: “Antonio, esas cosas no me interesan. Sabes que son chismes de pueblo”. Pero hoy, no estoy aquí para contarte el cotilleo de entonces. Vuelvo a recordarte. A evocar contigo los días alegres de nuestra feliz infancia. A recordar contigo la tierra recién regada por la lluvia, el rocío de la hierba en la mañana y el cielo azul y ardiente con el sol ardoroso del verano. Días felices que no volverán, porque hace mucho que acabaron los tiempos del arado. Ahora, cubierto de polvo y telarañas, todavía cuelga en un rincón del corral. Y apenas si cruza el pueblo, de cuando en cuando, una mula vieja o un asno triste, que sólo viven por la añoranza de algún campesino nostálgico.

Todo sucedió en aquellos días, cuando sopló de repente aquel viento encantado que irrumpió en los campos con estridentes zumbidos de motores. Máquinas y tractores invadieron las desiertas sementeras, vacías ya de relinchos de mulas, de mozos que les canten, de gorjeos de avecillas... Los campos se llenaron del silencio de los pájaros, callados en tristes cementerios. Pájaros que murieron envenenados cuando se dejaron de escardar las malas hierbas y rociaron con líquidos venenosos los campos de sembrados. Aquel viento que sopló por encima de la torre de la iglesia y orientó la veleta con forma de medio gallo hacia las ciudades. Sólo unos pocos aguantasteis la furia del vendaval. Los más viejos, resignados, con el impotente silencio de res que va al matadero. Los más jóvenes, como tú, os opusisteis con firmeza, emprendedores, con la clara determinación de quedaros en el pueblo para siempre. Pero después, tu vida corrió hacia algún remoto lugar de donde no se regresa.

Quiero recordar los desvanecidos campos, árboles y ríos de la niñez perdida. Tu desvaída silueta corriendo entre los campos amarillos de trigo bajo un cielo muy azul surcado de pájaros. Pero no puedo olvidar tu pálida figura inerme en la soledad de la campiña, aprisionada bajo el amasijo de chapas y hierros retorcidos. No puedo dejar de lamentarme. Por ti, por madre, que ya no estáis aquí. Por padre, por Miguel, por mí, por todos nosotros que, a pesar de estar todavía en el mundo de los vivos, hace tiempo que dejamos de vivir.

* * * * *

Es una mañana gris de uno de esos otoños que, lentos como trenes de mercancías, se suceden rítmicamente año tras año. Miguel, nuestro pequeño Miguel,

camina con la maleta en la mano. La arrastra por la hierba de la carretera mojada por el rocío de la mañana. Camina despacio, como este sol de octubre que asoma tímido y perezoso tras el cerro. Parece como si sólo hubiera salido a dar un simple paseo en la mañana. Madre no cesa de darle advertencias y consejos. Normas y más normas acerca de lo que debe o no debe hacer. Madre le da un beso y Miguel trepa silencioso por la empinada escalinata del coche de línea. A cada peldaño que sube, sentimos como se aleja un poco más.

Allí queda madre, petrificada, inmóvil, agitando la palma de la mano a la brisa fresca de la mañana. Miguel, tras el cristal, distingue en la lejanía la mano de su madre. Él la conocía bien. Aquella mano ruda de labriega que lavaba la ropa en el río, traía el agua de la fuente, amasaba el pan mucho antes de amanecer, atizaba la lumbre y removía la comida dentro de la sartén o del puchero, echaba la comida a los animales y empuñaba la azada con la misma firmeza que un hombre; pero que, sin embargo, era una mano tierna y cariñosa cuando ensartaba las sábanas de la cama para que no nos enfriásemos o nos acariciaba la frente en medio del delirio de la fiebre los días que estábamos en cama enfermos de anginas o sarampión.

El tiempo pasa como un soplo. Miguel, aquel niño de ayer, creció alto y espigado, pero fuerte y robusto al mismo tiempo, pues nunca faltó la comida en nuestra mesa. Ayudaba de monaguillo en la iglesia. El cura y el maestro decían que era muy listo y aplicado. Hasta que don Anselmo un día decidió enviarlo al seminario.

El otoño avanza lentamente, cada uno en sus faenas, y Miguel en el seminario, estudiando para ser sacerdote. “Mensajero de Dios”, como dice don Anselmo. Nos escribe largas cartas que leemos sentados alrededor del fuego de la lumbre. Nos habla de su vida en el seminario: los estudios, el recreo, las clases de latín... Nos habla del frío, de la escarcha, de la nostalgia que le produce nuestra ausencia, la morriña, el mal de tierra, el recuerdo del pueblo y sus amigos. Que está bien. Que nos cuidemos. Que escribamos pronto. Besos. Y recuerdos a don Anselmo.

—¿Ha escrito Miguel? —preguntan vecinos y parientes cuando se encuentran a madre por la calle, y cuando lava en el río o espera el turno en la fuente.

—Ayer mismo recibimos carta —contesta alegremente.

—¿Y qué cuenta el Curilla?

¿Y cómo le va al Curilla por allá?

Y madre les contesta que está muy bien, y que cuenta esto y lo otro.

A la noche, tomamos bolígrafo y papel y, sentados a la mesa de la cocina, le contamos como ha ido la cosecha de la aceituna; y le hablamos también del frío del otoño, de las grandes nevadas de invierno, de las primeras golondrinas, de las heladas que acabaron con la flor de los almendros, de oscuras tormentas y desmesuradas riadas. Que el tío Manuel pasó ya mejor vida. Que estudie y aproveche el tiempo. Que nos sintamos orgullosos de él. Besos. Y recuerdos de don Anselmo.

Después, esperar a que llegue la Navidad o el verano para abrazarlo de nuevo. Entre tanto, acudimos a los recuerdos. Evocamos su sitio vacío junto al fuego, la vieja cartera abandonada, sus ajadas ropas en la percha, su cama desocupada...

Comenzaban a soplar ya los vientos de los tiempos nuevos. Soplaban con fuerza inusitada el viento de la emigración. Los jóvenes se marchaban a las ciudades atraídos por la riqueza y el progreso. Aquellos tiempos inciertos y variables que surgieron con costumbres nuevas. Aquel viento huracanado, desconocido hasta entonces, que se llevó nuestras tradiciones no se sabe adónde. Se llevó a mujeres remendando peales y a hombres trenzando esparto, trasnochadas de invierno y charlas de verano murmurando chismes y evocando muertos. Echaron un velo de silencio a sus palabras. Permanecían mudos, como embrujados, sólo tenían oídos para escuchar aquellas cajitas sonoras que los tiempos nuevos trajeron a las casas.

Aquel viento arrastró a los jóvenes a las ciudades y a los más ancianos, que no pudieron adaptarse a las veleidades de los tiempos nuevos, al cementerio. Allí duermen, eternamente, a las afueras del pueblo, con su nombre grabado en una cruz. Algunos ancianos aún se resistieron, pero no por mucho tiempo, dada su edad y el impacto de los nuevos tiempos. Aquel viento embrujado llenó los campos de ruidos de motores. Y tú, te marchaste con ellos, volatizado en la versatilidad del tiempo. Tú que no eras viejo, que estabas en tus mejores años, joven, fuerte, recio. Por esto, no puedo evitar que unas lágrimas rueden por mis mejillas al recordarlo. Tú que no estás aquí cuando regresamos en vacaciones. Tú que ya no juegas la partida de mus o truque en el bar, ni bebes vino en las cuevas, ni juegas a bolos junto al río a la sombra alargada de los olmos, cuando cansados de nuestro trabajo y hastiados del tráfico y la contaminación de la ciudad, volvemos en busca del antiguo hogar, del fervor que todavía conservamos al pueblo abandonado. En busca de los tiempos que no volverán. Tras los días perdidos del ayer lejano. Tras las hullas profundas e insondables que dejaron en nosotros los pasos de la añorada infancia. ,